

## FIESTA

En alguna ocasión he escrito sobre la necesidad, de vez en cuando, de vacar de esa actuación mecánica, monótona y exigente a la que hemos sujetado nuestra vida, rompiendo así el ritmo que nos agita con loca aceleración o nos sacude con diabólica cadencia, como si fuéramos simples monigotes, arrojados en desorden y sin delicadeza a la cinta transportadora del tiempo, que nos lleva implacable hacia el destino marcado.

Bienvenidas, pues, esas paradas que representan las fiestas, aún cuando estén programadas a plazo fijo. Puede pensarse, tal vez, que en ellas cambiamos la tarea absorbente por la inmersión excesiva en lo lúdico y banal; que sustituimos una exterioridad por otra. Proablemente ocurre así, pero no por ello deja de ser bueno ese aparte realizado en la tragicomedia que representamos, pues no hace comprender como, aunque desertemos de todo lo "importante" que nos acucia, angustia y esclaviza, no pasa nada, absolutamente nada, y el mundo no se humde con estrépito por el abandono. Porque, además ese mundo al que estamos aferrados, adheridos, con desesperación, no precisa ni cuenta con nosotros para situarse en el mas difícil equilibrio inestable, balanceándose entre el abismo y la esperanza, a semejanza de imprudente y arriesgado funámbulo, mientras nos tiene en vilo constante, con el corazón encogido, asustados como cobardes conejillos que, cautos, olisquean la presencia del cazador enemigo.

Ese mundo agresivo, inmisericorde, estúpido y violento, está ahí, en nuestro entorno, y dispara, y mata, y asesina, impulsado por la fiebre del virus nacionalista y racista, sin que nadie se atreva a aplicar medicinas idóneas; como está ahí también, la mínima porción de aquel que representa nuestro país, agredido por el crispado acontecer de cada día y escandalizado por la olla podrida -no precisamente la gastronómica, de la que tanto gustaba Sancho-

cocinada y aderezada por tanto desaprensivo surgido, por generación espontánea, en nuestra ingenua democracia.

Es buena esta zona de descanso que, en el recorrido cotidiano, supone la fiesta. En ella los músculos se distienden y la mente se serena, olvidando los acontecimientos que nos sobresaltan todas las mañanas, hasta agotar nuestra capacidad de sombro. Hay que promover la alegría y reavivar el buen humor. Sumidos en la bulliciosa multitud, aturcidos por estridentes reclamos de las barracas, respirando el aire cálido con humos de masa frita, pollos asados y polvo de una tierra sedienta, ávida de una lluvia cada vez más esquiva; agredidos por la música y canciones de las casetas, ahitas de decibelios elevados por la electrónica a unos límites que ponen los tímpanos al borde de la explosión e invaden el cerebro desalojandolo de todo lo que no sea las ensordecedoras notas, mareados por el ir y venir, por las luces multicolores de los cacharros que se apagan y encienden en guiños interminables, sudorosos por el calor y por las bebidas con alta graduación alcohólica, todo se olvida, todo pierde las aristas agudas que hieren. Es como cura en una gran sauna, de la que salimos limpios de toxinas y sosegado el ánimo.

Vistas de esta forma la fiesta y la vacación, tienen un especial efecto terapéutico que nos prepara para engancharnos, con renovado vigor, en el quehacer suspendido, volviendo a recobrar la estereotipada compostura anterior. Otra cosa es que este reenganche valga la pena, y que pueda evitarse, de quererlo.

*Miguel Molina Rabasco*